

pable pensamiento de rebelarse contra su bienhechor. De carácter menos ardiente y menos impresionable, acaso no tuvo nunca á Motamid la amistad entusiasta y apasionada que este le profesó; pero tenía, sin embargo un afecto verdadero á su rey, testigos estos versos, que dirigió en respuesta á las repreciones de Motamid:

No, vos os engañais cuando decís, que me han cambiado las vicisitudes de la fortuna! El amor que tengo á Chams, mi anciana madre, es menos fuerte que el que siento por vos. ¡Querido amigo! ¿cómo es posible que vuestra bondad no me alumbre con sus rayos, como el relámpago alumbró las tinieblas de la noche? ¿Cómo es posible que ni una tierna palabra venga á consolarme, como dulce brisa? ¡Oh! yo sospecho que algunos infames que conozco, han querido destruir nuestra tierna amistad! Así me retirais vuestra mano, despues de una amistad de veinticinco años de cumplida felicidad, pasados sin que hayais tenido la menor queja de mi, sin que me haya hecho culpable de ninguna mala acción,—me retirais así vuestra mano dejándome presa de las garras del destino? ¿Soy yó otra cosa para vos que un esclavo obediente y sumiso? Reflexionad un momento, no os precipiteis, el que se precipita demasiado, cae; mientras que el que camina con circunspec-

cion, llega al término de su viaje. ¡Ah! ya os acordareis de mí cuando se rompan los lazos de amistad que nos unian y no os queden mas que amigos interesados y falsos. Yame buscareis cuando ninguno de los que os rodean pueda daros un buen consejo y yo no estaré allí, yo que sabia aguzar el ingenio de los demás.

¿Quién sabe si una hora de conversacion y de expansion no hubiera disipado las prevenciones de Motamid y reconciliado aquellas dos almas tan bien forjadas para entenderse? Mas ¡ay! el príncipe y el visir se hallaban lejos uno de otro y este tenia en Sevilla una multitud de envidiosos y de enemigos que se gozaban en calumniarlo y en denigrarlo á los ojos del monarca; en interpretar malignamente sus menores hechos y sus palabras mas sencillas. Estaban tan apoderados del ánimo del príncipe aquellos «infames» de que Ibn-Ammar habla en su poema y entre los que se distinguía el visir Abu-Ber ibn-Zaidun (1), el hombre mas influyente entonces en la córte, que Motamid habia concebido ya sospechas de

(1) Era hijo del gran poeta Abn-'l-wahid Ibn-Zaidun.

la fidelidad de Ibn-Ammar, cuando este le pidió licencia para ir á Murcia. Unase á esto que Ibn-Ammar encontró un enemigo no menos peligrosos en Ibn-Abdalaziz, príncipe de Valencia y amigo de Ibn-Tahir.

Al llegar á Murcia, Ibn-Ammar tenia intenciones de tratar á Ibn-Tahir de una manera honorífica; así que le hizo presentar muchos vestidos de honor para que eligiera uno de su gusto, pero Ibn-Tahir cuyo génio naturalmente cáustico se habia agriado con la pérdida de su principado, respondió al mensajero de Ibn-Ammar: «Vé á decir á tu señor que no quiero otra cosa suya mas que su larga pelliza y su pequeña cachucha.» Al recibir esta respuesta, en medio de sus cortesanos, Ibn-Ammar se mordió los labios de despecho. «Comprendo el sentido de sus palabras, dijo al fin; sí, ese era el traje que yo llevaba cuando pobre y oscuro vine á recitarle mis versos (1).» Pero no perdonó á Ibn-Tahir este rudo golpe asestado á su vanidad. Cambiando de intenciones respecto á él, lo hizo encerrar en la fortaleza de Monteagudo (2).

(1) Ibn-al-Abbar, p. 189,

(2) A una legua de Murcia. En las ruinas del antiguo castillo existen todavia.

Cediendo á las instancias de Ibn-Abdalaziz, Motamid envió á su visir la órden de poner en libertad á Ibn-Tahir, pero Ibn-Ammar no lo hizo (1). Entretanto Ibn-Tahir consiguió evadirse, gracias á la ayuda que le prestó Ibn-Abdalaziz, y fué á establecerse en Valencia. Ibn-Ammar se puso furioso y compuso con esta ocasion un poema en el que escitaba á los Valencianos á revelarse contra su señor. He aqui algunos versos:

Habitantes de Valencia, sublevaos todos contra los Beni-Abdalaziz, proclamad vuestras justas quejas y elejid otro rey, un rey que sepa defenderos contra vuestros enemigos. Ya sea Mohamed ó Ahamed (2), siempre será mejor que ese visir que ha entregado vuestra ciudad al oprobio, como un marido sin vergüenza que prostituye á su propia muger. Ha ofrecido asilo al que habia sido abandonado por sus propios súbditos. Haciéndolo, os ha llevado un pájaro de mal agüero, os ha dado por conciudadano un hombre vil é infame. ¡Ayl es preciso lavarme la cara en la que una muchacha sin brazaletes, una vil esclava me ha dado

(1) Véase «Abbad» t. II, p. 87.

(2) Que sea Juan ó Pedro, diriamos nosotros.

un bofeton. ¿Crees escapar Ibn-Abdalaziz á la continua venganza de un hombre que marcha siempre en persecucion de su enemigo y que continua su ruta, aunque no le alumbrara ninguna estrella? ¿Con qué astucia puede sustraerte á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar que lleva tras si un bosque de lanzas? ¡Esperad verlo llegar enseguida, rodeado de un innumerable ejército! ¡Valencianos, os doy un buen consejo; marchad como un solo hombre contra ese palacio que encubre tantas infamias tras de sus muros, apoderaos de los tesoros que encierran sus cuevas, derribadlo hasta los cimientos de modo que solo las ruinas atestigüen que existió un día!

Quando Motamid tuvo conocimiento de esta composicion, estaba ya tan irritado contra Ibn-Ammar, que la parodió de este modo:

«Con qué astucia podrá sustraerse á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar»; de esos hombres que se prosternaban antes con inaudita bajeza á los pies de todos los señores, de todos los príncipes, de todos las testas coronadas, que se creian dichosos cuando recibian de sus amos una parte algo mayor que los demás criados, que, despreciables verdugos, cortaban las cabezas á los criminales y que se han

elevado de la condicion mas infima á las dignidades mas altas.

Estos versos causaron á Ibn-Abdalaziz un gozo inesplicable, pero Ibn-Ammar se ahogaba de cólera y en su furia compuso contra Motamid, contra Romaiquia y contra los Abbaditas en general una sátira mucho mas sangrienta todavia. Él, aventurero nacido bajo la paja, él, á quien la bondad de Motamid habia sacado de la nada, se atrevió á echar en cara á los Abbaditas, no ser, despues de todo, mas que oscuros labriegos de la aldea de Jaumin, «esa capital del universo», como decia con amarga ironía. «Tú has elegido entre las hijas del populacho, proseguia, esa esclava que Romaic, su amo hubiera cambiado de buena gana por un camello de un año. Ella ha echado al mundo hijos libertinos, hombrecillos rechonchos que la avergüenzan. Motamid, yo manillare tu honor y desgarraré los velos que cubren tus torpezas, yo los haré caer á pedazos. Si, émulo de los antiguos héroes, sí, tu has defendido tus aldeas, pero sabias que tus mugeres te engañaban y se lo consentias».....

Por un resto de pudor, Ibn-Ammar no enseñó estos versos, escritos en un acceso atroz

de rabia, mas que á sus amigos más íntimos; pero habia entre ellos un rico judío de Oriente á quien habia concedido su confianza sin sospechar que era un emisario de Ibn-Abdalaziz. Este judío consiguió, sin gran trabajo, procurarse una copia de la sátira escrita por mano de Ibn-Ammar y la envió al príncipe de Valencia. Este escribió enseguida á Motamid y por medio de una paloma le envió su carta y la sátira en un mismo pliego.

Desde entonces toda reconciliacion se hizo imposible. Ni Motamid, ni Romaiquia, ni sus hijos, podian perdonar á Ibn-Ammar sus innobles injurias. Pero el rey de Sevilla no tuvo necesidad de castigar á su visir, otrose tomaron ese cuidado. Abandonándose á los placeres con una completa indolencia, no se apercibió Ibn-Ammar de que Ibn-Rachic, secundado por el pueblo de Valencia le hacia traicion, y cuando llegó á abrir los ojos ya era tarde: escitados por Ibn-Rachic los soldados pidieron á gritos sus pagas atrasadas y, como Ibn-Ammar no podia satisfacerlos, lo amenazaron con entregarlo á Motamid. Esta amenaza lo hizo temblar y se salvó huyendo precipitadamente.

Fué á buscar asilo cerca de Alfonso, lisonjeándose con la esperanza de que este monarca lo ayudaría á reconquistar á Murcia; perose engañaba: Alfonso habia sido ganado por los magnificos presentes que le habia hecho Ibn-Rachic y dijo á Ibn-Ammar: «Todo eso no es mas que una historia de ladrones: el primer ladron (1) ha sido robado por otro (2) y este lo ha sido por un tercero (3).» Viendo pues, que no tenia nada que esperar en Leon, Ibn-Ammar fué á Zaragoza donde entró al servicio de Moctadir. Pero esta córte, mucho menos brillante que la de Sevilla, le desagradó mucho. Fué pues á Lérida, donde reinaba Mudhffar, hermano de Moctadir. Allí encontró escelente acogida, pero, como Lérida le parecia mas monotona aún que Zaragoza, se volvió á esta última ciudad, donde Mutamin habia sucedido á su padre Moctadir (4). El fastidio, ese mal horrible, se habia apoderado de él y se estendia como negra nube sobre su presente y su porvenir; así que se felicitaba de encon-

(1) Motamid.

(2) Ibn-Ammar.

(3) Ibn-Rachic.

(4) En octubre de 1081.

trar ocasion de salir de su ociosidad. Un castellano á quien conocia se habia revelado; él dió palabra á Mutamin de reducirlo y se puso en camino con una pequeña escolta. Habiendo llegado al pié de la montaña en que se encontraba el castillo, pidió permiso al rebelde para ir á hacerle una visita acompañado solo de dos hombres. El castellano que no desconfiaba de él, no vaciló en acceder á su demanda. «Cuando me veais ir al lado del gobernador y estrecharle la mano, dijo Ibn-Ammar á sus dos servidores Djabir y Hadi, le hundireis vuestras espadas en el pecho.» El castellano fué muerto, sus soldados pidieron y obtuvieron el perdon y Mutamin quedó muy contento del servicio que Ibn-Ammar le habia prestado. Poco despues creyó éste hallar nueva ocasion para satisfacer la necesidad de actividad febril que le devoraba. Quiso procurar á Mutamin la posesion de Segura. Encaramada en la última cresta de un pico casi inaccesible, habia logrado esta fortaleza conservarse independiente cuando, Moctadir se apoderó de los Estados de Alí, príncipe de Dénia, y un hijo de este llamado Siradj;-al-daula, la habia poseido por algun tiempo; pero como acababa de morir

los Beni-Sohail que eran tutores de sus hijos, querian vender á Segura á cualquier príncipe vecino, é Ibn-Ammar prometió á Mutamin entregársela del mismo modo que le habia entregado el otro castillo. Partió pues, con algunas tropas y mandó á pedir á los Beni-Sohail que le concedieran una conferencia. Consintieron, pero en lugar de caer en sus redes, Ibn-Ammar que los habia ofendido, cuando reinaba en Murcia, fué el que cayó en el lazo. Las entradas de la fortaleza estaban defendidas por una pendiente tan escarpada que para entrar en ella era preciso dejarse hizar á fuerza de brazos. Cuando llegó á este lugar peligroso, acompañado de Djábir y Hadí, compañeros obligados en toda empresa aventurera, Ibn-Ammar se hizo subir el primero; pero en cuanto puso los piés en el suelo, lo cogieron los soldados de la guarnicion que gritaron á sus acólitos, que, echaran á correr, si no querian ser muertos á flechazos. No tuvieron necesidad de repetirles el aviso y ellos corriendo cuesta abajo fueron á anunciar á los soldados de Zaragoza que Ibn-Ammar habia sido hecho prisionero. Estos, persuadidos de que era inutil toda tentativa para salvarlo, se volvieron por donde habian venido.

Después de haber metido á Ibn-Ammar en un calabozo, los Beni-Sohail resolvieron venderlo al mejor postor. El que lo compró fué Motamid, lo mismo que al castillo de Segura y encargó á su hijo Radhi que condujera el prisionero á Córdoba. El infortunado visir entró en esta ciudad cargado de cadenas y montado en una mula de carga entre dos sacos de paja. Motamid lo abrumó de reprensiones y le mostró la terrible sátira, preguntándole si conocia la letra. El prisionero que apenas podia tenerse en pié, tan pesadas eran sus cadenas, le escuchó en silencio con los ojos clavados en el suelo y cuando el príncipe hubo terminado su larga invectiva, le dijo:

— Nada niego señor de lo que acabais de decirme, ni de qué me serviría negarlo si hasta las piedras hablarían para atestiguar la verdad de vuestras palabras? He faltado, os he ofendido gravemente, pero perdonadme!

— Lo que tú has hecho no se perdona, le respondió Motamid.

Las damas á quienes habia ultrajado en su sátira, se vengaron encarneciéndolo con burlas mordaces. En Sevilla tuvo que sufrir

de nuevo los insultos de la multitud. Sin embargo, su cautividad se prolongaba y esto le daba alguna esperanza. Sabía que muchos personajes elevados, entre otros el príncipe Rachid hablaban ó escribían en su favor. Así, que no cesaba de estimular su celo con sus versos, pero Motamid estaba ya tan fatigado de las multiplicadas súplicas que le dirigian que habia prohibido dar al prisionero abios de escribir cuando este le suplicó que le dieran por última vez papel, tinta y un «calam.» Habiendo obtenido su demanda, dirigió á Motamid un largo poema que se entregó al sultan por la noche en un festin. Cuando se marcharon los convidados, Motamid lo leyó, se conmovió é hizo venir á Ibn-Ammar á su cámara donde le reprendió de nuevo su ingratitude. Al principio Ibn-Ammar, sofocado por las lágrimas, no pudo responderle nada, pero serenándose poco á poco, supo recordarle con tal elocuencia la dicha que antes habian gozado juntos que Motamid conmovido, enternecido, medio vencido acaso, le dirigió algunas palabras animadoras, aunque sin concederle formalmente el perdon. Desgraciadamente—porque el peor de los males es el que nos viene cercado de esperanzas—

desgraciadamente Ibn-Ammar, se engañó mucho sobre los sentimientos de Motamid respecto de él. A las alternativas de cólera y de enternecimiento de que había sido testigo, les dió un sentido que no tenían. Motamid le había conservado un resto de cariño, pero de eso al perdon, había todavía mucho que hablar, y esto fué lo que Ibn-Ammar no comprendió. Habiendo vuelto á su prision creyó en un próximo cambio de fortuna y no pudiendo contener el gozo en que desbordaba su corazón, escribió á Rachid una carta anunciándole el feliz éxito de su conversacion con el monarca. Rachid estaba con otros cuando le fué entregada y mientras que la leía, su visir Isa echó una mirada furtiva y rápida, pero que le bastó para convencerlo que era. Sea chalataneria, sea que no me quiera Ibn-Ammar, no divulgó la cosa y pronto llegó á oídos de Abu-Bcer ibn-Zaidun llena de exageraciones que nos son desconocidas, pero que debian haber sido muy infames, porque un historiador árabe dice que las pasa en silencio porque no quiere con ellos manchar un libro. Ibn-Zaidun pasó la noche en una terrible ansiedad: la rehabilitacion de Ibn-Ammar era su desgracia,

acaso su sentencia de muerte. A la mañana siguiente no sabiendo aun á qué atenerse se quedó en casa á la hora en que de ordinario iba á palacio. Motamid le mandó á buscar y lo recibió tan afectuosamente como de costumbre, de modo que Ibn-Zaidum adquirió la seguridad de que su situación era menos peligrosa de lo que había temido. Así, cuando el sultan le preguntó que porque se había hecho esperar tanto, le respondió, que creía haber caído en desgracia y le hizo saber al mismo tiempo que su conversacion con Ibn-Ammar era conocida de toda la corte que se esperaba ver de nuevo en el poder al ex-visir, que su amigo y compatriota Ibn-Salam le tenía ya preparadas las mejores habitaciones de su casa para alojarlo mientras que le devolvieran sus palacios y no hay que decir que no dejó de contar las calumnias que se habían divulgado.

Motamid no sentía ya mas que ira. Aun cuando lo que hubiera pasado entre él y su prisionero no hubiera sido desnaturalizado por el ódio, le hubiera indignado la loca presuncion de Ibn-Ammar que, de algunas buenas palabras, había deducido al punto que iban á ponerlo en libertad y á volver

al poder. «Vé á preguntar á Ibn-Ammar, dijo Motamid dirigiéndose á un eunuco esclavo, como ha podido divulgar la conversacion que tuve con él ayer noche.»

El eunuco volvió enseguida diciendo:

—Ibn-Ammar niega haber dicho nada á nadie.

—Pero puede haber escrito, replicó Motamid. Yo le hice dar dos hojas de papel: sobre la una ha escrito el poema que me ha enviado, ¿pero qué ha hecho de la otra? Vé y pregúntaselo.

El eunuco volvió y dijo:

—Ibn-Ammar pretende que la otra hoja le ha servido para escribir el borrador del poema.

—Entonces que te dé el borrador, replicó Motamid.

Ibn-Ammar no pudo negar la verdad por mas tiempo. «He escrito á Rachid, dijo tristemente, para anunciarle lo que el príncipe me habia prometido.»

A esta confesion la sangre de su terrible padre, de aquel buitre pronto siempre á caer sobre su presa para despedazarla y saciar su ira en sus entrañas, se despertó en las venas de Motamid y se las abrazó. Cogiendo la primer arma que encontró á

mano, que era una magnífica hacha que había recibido de Alfonso, bajó en dos saltos los tramos de escalera que iban á la habitación donde Ibn-Ammar estaba encerrado. Al encontrar la mirada de fuego del monarca, Ibn-Ammar se quedó yerto. Presentía que iba á sonar su última hora... Arrastrando sus cadenas fué á echarse á los pies de Motamid que humedeció con sus besos y sus lágrimas; pero el sultan inexorable levantó el hacha y lo hirió diferentes veces hasta que quedó muerto, hasta que su cadáver estuvo frio... (1).

Tal fué el fin trágico de Ibn-Ammar que exitó en la España árabe una vivísima emoción aunque no muy larga, porque los graves sucesos que ocurrieron en Toledo y los progresos de las armas castellanas no tardaron en dar otra dirección á las ideas.

(1) «Abbad», t. II, p. 108-119; Ibn-Bassam, t. II, artículo sobre Ibn-Ammar; Abd-l-wahid, p. 85-90.

XII.

El emperador Alfonso VI, rey de Leon, de Castilla, de Galicia y de Navarra, tenia decidida intencion de conquistar toda la Península (1) y era lo bastante poderoso para hacerlo. Sin embargo, no queria realizarlo de pronto. Nada le obligaba á apresurarse, tenia tiempo de esperar. Ante todo reunia dinero, nervio de la guerra y el medio mas seguro de lograr el objeto que se proponia su ambicion. En consecuencia ponía en prensa á los príncipes mul-

(1) Véase «Abbad», t. II, p. 20.

sumanes y como de una prensa manan la sidra y el vino, de estos reyezuelos estrujados manaba el oro.

El mas débil de sus tributarios era acaso Cadir, rey de Toledo. Educado en la molición del serrallo, era este príncipe el juguete de suseunucos y la burla de sus vecinos que lo despojaban á porfía. Solo Alfonso parecia protegerlo. Así, que se dirigió á él cuando ya no pudo contener á sus súbditos hartos de su tiranía. Alfonso prometió enviarle tropas, pero exigió en recompensa una suma enorme. Cadir se la pidió á los principales ciudadanos á quienes habia hecho ir á su presencia. Ellos se negaron á darsela. «Os juro exclamó entonces que si no me la dais al momento, entrego á vuestros hijos en manos de Alfonso.—Antes te echaremos,» le respondieron. En efecto, los Toledanos se entregaron á Motawakkil de Badajoz y Cadir tuvo que escaparse durante la noche. Entonces imploró de nuevo el socorro de Alfonso. «Iremos á sitiar á Toledo, le dijo el emperador, y serás restablecido en tu trono; pero para eso es preciso que me des todo el dinero que has traído de Toledo, todavia me hará falta más en adelante y me dejarás algunas fortalezas en prenda.» Ca-

dir consintió en todo y comenzaron las hostilidades contra Toledo (1080) (1).

Ya habían durado dos años, cuando el emperador envió según costumbre una embajada á Motamid para pedirle el tributo anual. Esta embajada se componía de muchos caballeros, pero el encargado de recibir el dinero era un judío llamado Ben-Chalib (2), porque en esta época los judíos servían por lo comun de intermediarios entre cristianos y musulmanes.

Habiendo levantado los embajadores sus tiendas fuera de la ciudad, Motamid mandó algunos de sus grandes, entre los que se encontraba el primer ministro Abu-Ber ibn-Zaidun, á que llevaran lo que tenía que pagar. Pero parte de la moneda era de baja ley, no habiendo podido reunir Motamid la bastante aunque había impuesto á sus súbditos una contribucion extraordinaria. Así, que el judío exclamó al verla: «¿Me creís lo bastante tonto para tomar esta moneda falsa? Yo no tomo más

(1) «Abbad» t. II, p. 17; crónica arábigo-valenciana, traducida en la «Crónica general,» fól. 309, col. 3 y 4; Rodrigo de Toledo, VI, 23.

(2) Nowairi, le llama Chalib sin «Ben».

que oro puro y el año que viene necesitaré ciudades.»

Cuando refirieron estas palabras á Motamid, se encolerizó en gran manera. «¡Qué me traigan á ese judío y á sus compañeros!» gritó á sus soldados. Ejecutóse la orden y cuando llegaron los embajadores á palacio, dijo Motamid:

—Que metan á esos cristianos en la cárcel y que se crucifique á ese maldito judío.

—Perdon, perdon gritó el judío que, antes tan orgulloso, temblaba ahora como un azogado; y os daré de oro lo que peso.

—¡Por Dios! Aunque me dieras la Mauritania y la España por tu rescate, no te las tomaría!

El judío fué crucificado (1).

(1) «Abbad,» t. II, p. 231, 187, 174, Este relato descansa en un testimonio muy respetable, el de Ibn-al-labbana, uno de los poetas de la corte de Motamid. Este autor trae tambien la fecha (1082), mientras que los otros historiadores dicen sin razon, que este suceso ocurió despues de la toma de Toledo por Alfonso. El autor del «Raudh-al-mitar» («Abbad» t. II, p. 238, 239,), trae una version muy diferente y bastante rara, pero consultese sobre este libro la nota D. al fin de este tomo.

Al saber lo que habia ocurrido, Alfonso juró por la Trinidad y por todos los santos del paraiso que habia de tomar una venganza sonada, terrible. «Iré, dijo, á devastar el reino de ese infiel con guerreros tan innumerables como los cabellos de mi cabeza y no he de detenerme hasta llegar al estrecho de Gibraltar.» Pero no pudiendo abandonar á su suerte á los caballeros cristianos que gemian en los calabozos de Sevilla, mandó á preguntar á Motamid con qué condiciones consentiria en soltarlos. El sultan exigió la restitucion de Almodovar (1), y habiéndole sido entregada esta ciudad, puso en libertad á los caballeros (2), pero apenas estuvieron en su patria de vuelta, Alfonso ejecutó sus amenazas. Saqueó y quemó los pueblos del Axarafe, mató ó se llevó como esclavos á todos los musulmanes que no tuvieron tiempo de meterse en una plaza fuerte, asedió á Sevilla durante tres dias y habiendo llegado á las playas de Tarifa metió su caballo en las

(1) Pelayo de Oviedo (c. 71) cuenta esta ciudad entre las que habia conquistado Alfonso.

(2) «Abbad», t. II, p. 175, 231, 188.

olas exclamando: «¡Esta tierra es la última de España y la he pisado!» Cumplido su juramento y satisfecha su vanidad, llevó su ejército al reino de Toledo (1).

Aquí también sus armas fueron victoriosas y habiendo tenido Motawakkil que evacuar el país, los habitantes de la capital abrieron las puertas á Cádiz apesar suyo (1084) Cádiz les sacó enormes sumas que ofreció á Alfonso. «Eso no es bastante», le dijo friamente el Emperador. Entonces Cádiz le ofreció además los tesoros de su padre y de su abuelo.

—Todavía eso no es suficiente, dijo Alfonso.

—Os daré mas, pero concededme un plazo.

—Te lo concedo, siempre que me des de nuevo fortalezas en prenda.

Cádiz consintió.... Su herencia se caía á pedazos, todos sus recursos se agotaban, pero, ¿qué podía hacer? Sabía que la espada del terrible Alfonso estaba suspendida

(1) «Abbad» t. II, p. 8, 173 (nota 27); «Cartás», p. 92. La fecha es 1082 como se lee en el «Cartás»; en el autor del «Hotal» («Abbad», t. II, p. 188) cita equivocadamente el año de 1084.

sobre su cabeza y que á la menor señal de desobediencia caeria sobre ella. Daba, pues, oro y mas oro, forzalezas y mas fortalezas; para contentar al emperador, estrujaba á sus súbditos y despoblaba su reino; porque no pudiendo hacer otra cosa los Toledanos emigraban en masa para establecerse en los Estados del rey de Zaragoza. Y sin embargo, todo esto no le servia de nada; cuanto mas daba, mas exigente se hacia Alfonso, y cuando juraba que ya nada tenia que dar, el emperador venia á asolar los alrededores de Toledo. Por algun tiempo se asió todavía á su trono apolillado, pero al fin tuvo que tomar soleta. Fué pues, á donde Alfonso lo esperaba y se declaró pronto á cederle á Toledo, pero puso ciertas condiciones, de las que las principales eran estas:

Alfonso tomaria bajo su salvaguardia la vida y los bienes de los Toledanos y estos podrian irse ó quedarse á su voluntad.

No les exigiria mas que una capitacion señalada de antemano.

Les dejaria la mezquita mayor, y

Se comprometeria á poner á Cadir en posesion de Valencia.

El emperador aceptó estas condiciones y el 25 de Mayo de 1085 hizo su entrada en

la antigua capital del reino visigodo (1).

Desde entonces nada igualó á su orgullo, si no es la bajeza de los príncipes musulmanes. Casi todos se apresuraron á enviarle embajadores para cumplimentarlo, le ofrecieron presentes y le declararon que se consideraban como sus recaudadores de contribuciones. Alfonso, «el soberano de los hombres de las dos religiones», como se intitulaba en sus cartas, no se tomaba siquiera el trabajo de disimular el desprecio que le inspiraban. Hosam-ad-daula, señor de Albarrazin, había venido en persona á ofrecerle un soberbio regalo. Justamente un mono divertía con sus saltos al emperador. «Toma ese animal en cambio de tu presente» le dijo Alfonso con acento de supremo desdén. Y el musulmán léjos de resentirse de la injuria, vió en este mono una prenda de amistad, una prueba de que Alfonso no tenía intención de quitarle sus Estados (2).

Después de la toma de Toledo, tocóle el turno á Valencia. Dos hijos de Ibn-Abdalaiz se disputaban allí el poder, otro partido quería entregar á Valencia al rey de Zara-

(1) «Abbad» t. II, p. 18.

(2) «Abbad» t. II, p. 19.

goza y otro todavía á Cadir. Este último triunfó, Cadir tenia en efecto los mejores títulos que hacer valer; llevaba tras sí un ejército castellano mandado por el gran capitán Alvar Fañez. Solo que los Valencianos tenian que costear la mantencion de estas tropas y ellas les habian de costar seiscientas monedas de oro cada dia! Por mas que le digeron á Cadir, que no tenia necesidad de este ejército, pues que ellos le habian de servir lealmente, este no hizo la simpleza de creer en sus promesas y sabiendo que lo detestaban y que los antiguos partidos no habian perdido la esperanza, retuvo á los Castellanos. A fin de poder pagarlos gravó á la ciudad y á su territorio con un impuesto extraordinario y sacó á la nobleza sumas enormes. Pero apesar de los actos mas despóticos, apremiado por Alvar Fañez para que pagara los alcances de su sueldo, se halló, al fin, un dia sin recursos. Entonces propuso á los Castellanos que se fijaran en su reino, ofreciéndoles estensas posesiones. Ellos consintieron, pero, haciendo cultivar sus vastos dominios por siervos, continuaban enriqueciéndose, haciéndose razzis en las cercanias. Su tropa se habia aumentado con la héz de la poblacion arábica. Una multitud de es-

clavos, de viciosos y de presidarios se habían alistado en sus banderas y pronto adquirieron estas bandas por sus crueldades inauditas, una triste celebridad. Asesinaban á los hombres, violaban á las mugeres y cambiaban muchas veces un prisionero musulman por un pan, por un jarro de vino ó por una libra de pescado. Cuando un prisionero no queria ó no podia pagar rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos y hacian que sus perros lo despedaran (1).

Valencia estaba, pues, en realidad en poder de Alfonso. Cadir llevaba todavia el título de rey, pero gran parte del territorio pertenecía á los Castellanos y para incorporar esta ciudad á sus Estados no tenia Alfonso mas que pronunciar una palabra. Zaragoza tambien parecia perdida. El emperador la sitiaba y habia jurado que la habia de tomar (2). Al otro extremo de España un capitan de Alfonso, Garcia Gimenez, que se habia metido con una tropa de caba-

(1) Véase mis «Recherches» t. II p. 116-130

(2) «Abbad» t. II p. 21; «Cartas» p. 92; Ibn-Khaldun «Hist. de los Berberiscos», t. II p. 77 de la traduccion.

llos en el castillo de Aledo, no lejos de Lorca, hacia sin cesar escursiones al reino de Almeria (1). Ni estaba mas libre el de Granada, la prueba és, que, en la primavera de 1085, los Castellanos avanzaron hasta el pueblo de Nibar á una legua E. de Granada y allí dieron una batalla á los musulmanes (2). Do quiera en fin, el peligro era estremo y la desaminacion tambien. No se atrevian á luchar con los cristianos, ni aun siendo cinco contra uno. Recientemente un cuerpo de cuatrocientos Almerienses (y era un cuerpo escogido) habia huido delante de ochenta Castellanos (3). Era pues evidente que si los Arabes españoles seguian abandonandos á sí mismos, tendrian que elegir entre someterse al emperador ó emigrar en masa. Muchos de ellos, en efecto, opinaban que era preciso abandonar el pais. «Poneos en camino, oh Andaluces, cantaba un poeta, porque quedarse aquí seria una locura (4).» La emigracion, sin embargo, era un partido

(1) Compárense los «Annal Tolet. I» en el año 1086 con mis «Recherches t. I p. 273 nota 4.

(2) Ibn-al-Khatib, man. E., art. sobre Mocatil.

(3) «Abbad», t. II, p. 20.

(4) Maccar. t. II, p. 672.

extremo y difícilmente se resolvían á tomarlo. Además, no estaba todo enteramente perdido, podían recibirse socorros de Africa. De allí era, en efecto, de donde los menos desalentados esperaban su salvación. Se había hecho la proposición de dirigirse á Beduinos de Ifríkia, pero se había objetado que aquella gente era tan famosa por su ferocidad como por su valor y que era de temer que, cuando vinieran á España se entretuvieran en saquear á los musulmanes en lugar de combatir á los cristianos (1). Entonces se pensó en los Almoravides. Eran estos los Berberiscos del Sahara que representaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al islamismo por un misionero de Sidgimesa, habían hecho rápidas conquistas y, en la época de que nos ocupamos se extendía su vasto imperio desde el Senegal hasta Argel. La idea de llamarlos á España agradaba principalmente á los ministros de la religión. Los príncipes vacilaron por mucho tiempo. Algunos de ellos, tales como Motamid y Motawakkil, mantenían relaciones

(7) «Abbad» t. II, p. 37.

con Ynsuf ibn- Techufin, rey de los Almoravides y hasta le habían pedido en diferentes ocasiones que los ayudara contra los cristianos; pero en general los príncipes andaluces sin eceptuar á Motamid y á Motawakkil, tenían pocas simpatias por el gefe de los rudos y fanáticos guerreros del Sahara y veían en él un rival peligroso, mas que un auxiliar. Sin embargo, como el peligro se acrescentaba de día en día, era preciso acogerse al único medio de salvacion que quedaba. Motamid por lo menos así lo creía y cuando su primógito Rachid le representó el peligro á que estaba espuesto, si traía á los Almoravides á España: «Todo eso es verdad, le respondió, pero no quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Andalucía sea presa de los infieles, no quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas y si tengo que elegir, prefiero mejor ser camellero en Africa que porquero en Castilla (1).

Habiendo decidido su plan, lo comunicó á sus vecinos Motawakkil de Badajoz y Ab-

(1) «Abbad», t. II, p. 189 etc.

dallah de Granada, (1) rogándoles que se asociaran á él y enviaran sus cadies á Sevilla. Así lo hicieron; Motawakkil envió á Sevilla al cadí de Badajóz, Abu-Ishac ibn-Mocana y Abdallah al cadí de Granada Abu-Djafar Colaí. Juntóse á ellos el cadí de Córdoba Ibn-Hadam y el visir Abu-Becr ibn-Zaidun. Estos cuatro personajes se embarcaron en Algeciras y fueron á presentarse á Yusuf. (2) Estaban encargados de invitarle, á nombre de sus soberanos, á venir á España con un ejército, pero debían ponerle ciertas condiciones, que por lo demás nos son desconocidas, sabiendo solamente que Yusuf debía jurar no quitar sus Estados á los príncipes andaluces y que prestó este juramento (3). Entonces hubo que fijar el lugar del desembarco de Yusuf; Ibn-Zaidun propuso Gibraltar, pero

(1) Muerto Badis en 1073, sus Estados se dividieron entre sus dos nietos Abdallah y Temim, el primero obtuvo á Granada y el segundo á Málaga.

(2) Los autores que dicen, que el mismo Motamid se presentó á Yusuf, me parece que confunden la primera expedición del monarca africano con la segunda,

(3) Véase «Abbad», t. II, p. 27.

Yusuf dió á entender que preferia á Algeciras y hasta que debian cederle esta plaza. El visir de Motamid le respondió, que no estaba autorizado para concedérselo y desde entónces Yusuf trató á los embajadores con bastante frialdad, no dándoles mas que respuestas ambigüas y evasivas, de modo que al dejarlo no sabian por que partido se iba á decidir; no les habia prometido venir, pero tampoco les habia dicho que no vendria.

Los príncipes andaluces estaban, pues, en la incertidumbre, pero fueron sacados de ella de un modo bastante desagradable y que probaba que no eran infundadas sus sospechas. Yusuf que no hacia nada de ordinario sin haber consultado á sus faquíes, les preguntó lo que debia hacer, y los faquíes declararon, primero, que estaba obligado á combatir á los castellanos y luego que si tenia necesidad de Algeciras y que si no se la querian ceder tenia el derecho de tomarla. Provisto de este fetva, Yusuf habia dado á muchos cuerpos de ejército la órden de embarcarse en Céuta en un centenar de navés y de hacer vela á Algeciras, de modo, que esta ciudad se vió de pronto rodeada de un gran ejército que exigia que se le

entregaran víveres y la plaza misma. Radhíd que la gobernaba, se encontró en una gran perplegidad, no estando el caso previsto. No se negó á suministrar víveres á los Almoravides, pero al mismo tiempo, se puso en estado de rechazar, si era preciso, la fuerza con la fuerza. Escribió además á su padre, pidiéndole órdenes; y atando su carta á el ala de una paloma, la dejó ir á Sevilla. No hizo esperar la respuesta de Motamid. Se decidió pronto, porque, por chocante que le pareciera la conducta de Yusuf, conocia que habia ido demasiado lejos para retroceder y que le era preciso poner buena cara á mal juego. Mandó pues, á su hijo evacuar á Algeciras y retirarse á Ronda (1). Embarcáronse entonces para Algeciras nuevas tropas y al fin llegó el mismo Yusuf. Su primer cuidado fué poner en buen estado las fortificaciones de la ciudad, proveerla de municiones de boca y guerra y dotarla de una guarnicion suficiente. Enseguida se dirigió á Sevilla con el grueso de

(1) Ibn-al-Abbar, en mis «Recherches», t. I, p. 173, 174 de la primera edicion. Véase tambien «Abbad», t. I, p. 169, 175 (versos de Radhí), t. II, p. 37, 191-193, 201.

sus fuerzas. Salióle al encuentro Motamid, rodeado de los principales dignatarios de su reino, y cuando llegó á su presencia quiso besarle la mano, pero Yusuf se lo impidió abrazándolo de la manera mas afectuosa. No se olvidaron los presentes acostumbrados: Motamid ofreció tantos al Almoravide que este pudo dar alguna cosa á cada uno de los soldados de su ejército, lo que le hizo concebir una elevada idea de las riquezas que España atesoraba. Cerca de Sevilla se detuvo y allí vinieron á unírsele los dos nietos de Badis, Abdallah de Granada y Temin de Málaga con trescientos caballos el primero, y el segundo con doscientos. Motacin de Almería, le envió un regimiento de caballería mandado por uno de sus hijos, manifestándole su sentimiento porque la amenazadora vecindad de los cristianos de Aledo no le dejara venir en persona. Ocho dias despues tomó el ejército el camino de Badajoz donde se unió con Motawakkil y sus tropas. Luego marcharon sobre Toledo (1), pero no habian andado mucho, cuando encontraron al enemigo.

(1) Ibn-al-Abbar, «ubi supra»; «Abbad.», t. II, p. 22, 193; Abd-el-wahid, p. 91.

Cuando supo que los Almoravides habian desembarcado en España, Alfonso estaba sitiando todavia á Zaragoza y, creyendo que su rey ignoraba la llegada de los Africanos, mandó á decir á su rey que si le daba mucho dinero levantaría el sitio; pero Mostain que habia recibido la gran noticia lo mismo que él, le mandó contestar que no le daría ni un dirhem. Alfonso se volvió entonces á Toledo, despues de haber enviado á Alvar Fañez, así como á sus otros lugartenientes, la órden de venir á unirsele con sus tropas. Cuando su ejército, en el que iban muchos caballeros franceses, se reunió, se puso en marcha porque queria llevar la guerra á territorio enemigo. Encontró á los Almoravides y á sus aliados no lejos de Badajoz en un lugar que los musulmanes llamaban Zallaca y los cristianos Sacralias, y no habia acabado aún de fijar sus tiendas cuando recibió una carta de Yusuf, en la que este monarca le invitaba á abrazar el islamismo ó á pagar un tributo, amenazándole con la guerra, sino queria hacer una cosa ni otra. Alfonso se indignó mucho con este mensaje y encargó á uno de sus empleados árabes de responderle, que habiendo sido sus tributarios los musulmanes durante

muchos años, no esperaba proposiciones tan ofensivas, pero que tenía un gran ejército con el que sabría castigar la jactancia de sus enemigos. Habiendo llegado esta carta á la cancillería musulmana, un andalúz la contestó en seguida, pero cuando enseñó su composición á Yusuf, este la encontró demasiado larga y se limitó á escribir al reverso estas sencillas palabras: «Lo que sucederá ya lo verás» y se la devolvió (1).

Tratóse entonces de señalar el día de la batalla, como en esta época lo exigía la costumbre. Erase el juéves 22 de Octubre de 1086, y Alfonso envió este mensaje á los musulmanes: «Mañana viérnes es vuestra fiesta y el domingo es la nuestra, propongo pues, que la batalla se dé pasado mañana sábado (2).» Plació á Yusuf esta proposi-

(1) El califá Harun-ar-Rachid había atentado lo mismo, poco más ó menos, á una carta del emperador Niceforo; Por lo demás, los autores que hacen citar á Yusuf un verso de Motanabbi, han tomado una cita de un historiador, por una parte de la respuesta del monarca. Yusuf era demasiado illiterato para poder citar versos de Motanabbi.

(2) «Abbad», t. II, p. 22; Abn-'l-Háddjadj Baiyasi, «apud» Ibn-Kallicam, XII, 16. Segun otros autores, Alfonso propuso el lunes por ser el sábado la fiesta de los judios.

cion, pero Motamid no vió en ella más que una estratagema y, como en el caso de ataque, él tenia que sostener el primer choque del enemigo (pues las tropas andaluzas formaban la vanguardia, mientras que los Almoravides se mantenian á retaguardia, ocultos por la sierra) tomó precauciones para no ser sorprendido é hizo observar los movimientos del enemigo por tropas ligeras. Su ánimo no estaba tranquilo y consultaba sin cesar á su astrólogo. Se estaba en efecto, en un momento crítico y decisivo. La suerte de España dependia del éxito de esta batalla y los Castellanos tenían la superioridad numérica, pues sus fuerzas, por lo menos así lo creian los musulmanes, se elevaban á cincuenta ó sesenta mil hombres (1), mientras que sus adversarios no tenían más que veinte mil (2).

Al rayar la aurora, Motamid vió realizados sus temores, avisado por sus centinelas de que se aproximaba el ejército cristiano. Su posicion era muy crítica, pues corria el peligro de ser aniquilado antes que los Almoravides llegasen al campo de

(1) «Abbad», t. II, p. 23, 38,

(2) Abd-el-wahid, p. 93.

batalla, por lo que envió á decir á Yusuf que viniera prontamente en su auxilio con todas sus tropas ó que le enviara por lo menos un refuerzo considerable; pero Yusuf no se apresuró á satisfacer esta demanda. Tenia formado un plan del que no queria apartarse y le inquietaba tan poco la suerte de los andaluces que exclamó: «¿Qué tengo yo con que esas gentes sean degolladas? Todos son enemigos (1).» Abandonados así á sus propias fuerzas, los Andaluces emprendieron la fuga; solo los Sevillanos estimulados por el ejemplo de su rey que, aunque herido en la cara y en la mano, daba pruebas de extraordinario valor, resistieron vigorosamente el choque del enemigo, hasta que al fin vino en su ayuda una division almoravide. Desde entonces el combate fué menos desigual, pero, sin embargo, los Sevillanos se quedaron admirados, cuando vieron que de pronto los enemigos se batian en retirada, pues el re-

(1) «Kitab al ictifá («Abbad» t. II, p. 23) en donde es menester mantener la leccion del manuscrito: «facollon». Este testimonio es notable por que el autor del «Kitab-al-ictifá» es muy parcial por los Almoravides.

fuerzo que habian recibido no era bastante considerable para que pudieran lisonjearse de haber obtenido la victoria. No era por eso, porque he aquí lo que habia sucedido. Viendo al ejercito castellano empeñado contra los Andaluces, Yusuf se habia propuesto tomarle la retaguardia. Envió pues, á Motamid el refuerzo que necesitaba para impedir que lo anonadaran los enemigos, y dando un rodeo cayó con el grueso de sus fuerzas sobre el campamento de Alfonso. Allí habia hecho una horrible carnicería en los soldados encargados de custodiarle y, habiéndolo incendiado, venia sobre la espalda de los Castellanos, llevando ante sí una multitud de fugitivos. Alfonso se hallaba pues, entre dos fuegos y como el ejército que acababa de tomar la retaguardia era más numeroso que el que tenia enfrente, tuvo que volver contra él su fuerza principal. El combate fué muy encarnizado, el campamento fué tomado y vuelto á tomar muchas veces, mientras que Yusuf recorria las filas de sus soldados gritando: «¡Valor musulmanes! ¡Teneis enfrente á los enemigos de Dios! ¡El paraiso espera á los que sucumban de vosotros!»

Entre tanto, los Andaluces que habian

tomado la fuga, habian llegado á rehacerse y volvieron al campo de batalla para sostener á Motamid y, por otra parte, Yusuf lanzó sobre los Castellanos su guardia negra que tenia de reserva y que hizo maravillas. Un negro llegó hasta á aproximarse á Alfonso y darle una puñalada en un muslo. Al caer la noche, la victoria, calurosamente disputada, se declaró por los musulmanes; la mayor parte de los cristianos yacian muertos ó heridos en el campo, otros habian tomado la fuga, y el mismo Alfonso, rodeado solamente de quinientos caballeros, logró salvarse con mucho trabajo (23 Octubre de 1086.)

No se recogió, sin embargo, de esta gran victoria todo el fruto que podia esperarse, pues aunque Yusuf tenia intencion de penetrar en el territorio enemigo, renunció á ello cuando tuvo noticia de la muerte de su primogénito que habia dejado malo en Ceuta. Contentóse con dejar una division de tres mil hombres á las órdenes de Motamid y se volvió á África con el resto de sus tropas (1).

(1) Véase la nota E al fin de este tomo.

XIII.

A consecuencia de la llegada de los Almoravides, los Castellanos habian tenido que evacuar al reino de Valencia y levantar el sitio de Zaragoza. La derrota que habia experimentado en Zallaca los habia privado de muchos de sus mejores guerreros, pues dicen los musulmanes, que perdieron en esta ocasion diez mil y hasta veinticuatro mil hombres (1). Además, los príncipes andaluces se habian libertado de la vergonzosa obligacion de pagar á Alfonso un tributo anual y el Oeste, cuyas fortalezas estaban

(1) «Abbad,» t. II, p. 23, 199.

ahora defendidas por los soldados que Yusuf habia dejado á Motamid, no tenia nada que temer de los ataques del emperador. Eran en efecto buenos resultados de que se regocijaban con razon los Andaluces. Así, que en todo el pais resonaban gritos de júbilo, el nombre de Yusuf estaba en todas las bocas, se alababan su piedad, su bravura y sus talentos militares, se le proclamaba el salvador de Andalucía y de la religion musulmana, y se le llamaba el primer capitan del siglo. El clero sobre todo no le regateaba sus elogios. Para ellos, Yusuf era mas que un grande hombre, era el hombre bendecido por Dios, el elegido del Señor (1).

Sin embargo, los triunfos obtenidos, por grandes y gloriosos que fueran, no eran decisivos en manera alguna. Los Castellanos, por lo ménos, lo creían así. Apesar de las pérdidas que habian experimentado no desesperaban de restablecer sus negocios. Sabian demasiado bien que se arriesgarian mucho, si dirigían sus ataques hácia Badajoz y Sevilla, pero no ignoraban tampoco que el Este de Andalucía les ofrecia aun al-

(1) Abd-el-wahid, p. 94.

gunas probabilidades de éxito y que le sería fácil devastarlo y acaso conquistarlo. En efecto, los pequeños principados del Este, Valencia, Murcia, Lorca y Almería eran los más débiles, de toda la Península, y los Castellanos ocupaban en medio de ellos una posición muy fuerte que dejaba á su merced todo el país. Era esta la fortaleza de Aledo, cuyas ruinas subsisten todavía y que se hallaba entre Murcia y Lorca. Situada en una montaña escarpadísima y capaz de doce ó trece mil hombres de guarnición podía pasar por inespugnable. De ellas salían los Castellanos para hacer razias en los alrededores, llegando hasta sitiar á Almería. Lorca y Murcia (1) y pareciendo todo presagiar que si no se tomaba alguna providencia acabarían estas ciudades por caer en sus manos.

Conocía Motamid la gravedad del peligro que amenazaba por esta parte á Andalucía, y además se trataba de sus propios intereses. Suyas eran las dos ciudades más expuestas á los ataques del enemigo, Murcia y Lorca; la primera de derecho, la segunda

(1) «Abbad,» t. II, p. 25.

de hecho, porque su señor Ibn-al-Yasa que se conocia demasiado débil para resistir á los Castellanos de Aledo, lo habia reñonado por soberano, con la esperanza de que lo ayudara (1). En cuanto á Murcia Rachic reinaba allí todavia y Motamid ardia en deseos de castigar á este rebelde. Habiendo resuelto pues, hacer una expedicion á Levante, con la doble intencion de poner término á las invasiones de los cristianos y de reducir á Ibn-Rachic á la obediencia, reunió sus tropas á las que Yusuf le habia confiado y tomó el camino de Lorca.

Cuando llegó á esta ciudad, lo informaron de que habia en las cercanias un escuadron de trescientos Castellanos. En consecuencia ordenó á su hijo Radhí, que fuera á atacarlo con tres mil ginetes de Sevilla. Rhadí que amaba las letras mucho mas que la guerra, se escusó, pretestando una indisposicion. Irritadísimo con esta negativa confió entonces el mando á otro de sus hijos que se llamaba Motadd. Pero la superioridad de los Castellanos sobre los Andaluces debia mostrarse una vez mas. Aunque eran diez contra uno,

(1) «Abbad,» t. II, p, 120.

los Sevillanos sufrieron la mas vergonzosa derrota (1).

No fueron mas felices las tentativas de Motamid para reducir á Murcia. Ibn-Rachic supo interesar en su favor á los Almoravides que iban en el ejército sevillano y Motamid tuvo que volverse á su capital sin haber conseguido nada (3).

Se habia hecho pues, evidente que, lo mismo despues que antes de la batalla de Zalaca los Andaluces no se hallaban en estado de defenderse y que á menos de que Yusuf no viniera segunda vez en su auxilio, acabarían por sucumbir. Así, que el palacio de Yusuf estaba asediado de continuo por los faquies y los notables de Valencia, de Murcia, de Lorca y de Baza. Los Valencianos se quejaban de Rodrigo el Campeador (el Cid) que se habia erigido en protector de Cadir, despues de haberle obligado á pagar un tributo mensual de diez mil ducados y que devastaba el reino bajo pretesto de someter á los rebeldes á la au-

(1) «Abbad», t. II, p. 25. Es preciso rectificar este pasaje con ayuda de Ibn-Khacan («Abbad», t. I, p. 175).

(2) «Abbad», t. II, p. 121.

toridad del rey (1); los habitantes de los otros distritos no se mordían tampoco la lengua acerca de las vejaciones con que los abrumaban los Castellanos de Aledo y todos estaban unánimes en declarar que, si Yusuf no venía en su ayuda, Andalucía caería inevitablemente en poder de los cristianos (2). Sus súplicas, sin embargo, parecían producir poco efecto en el ánimo del monarca. Yusuf prometía, es verdad, pasar el Estrecho cuando la estación lo permitiera, pero no hacía preparativos muy formales, y si no lo decía, dejaba por lo menos adivinar que esperaba una petición directa de parte de los príncipes. Motamid se decidió entonces á hacérsela. Las sospechas que había tenido sobre las intenciones secretas de Yusuf, se habían disipado ó por lo menos debilitado poco á poco. Salvo la ocupación de Algeciras, el monarca africano no había hecho nada que pudiera herir la susceptibilidad de los príncipes andaluces, ó justificar sus aprensiones, antes por el contrario había dicho algunas veces

(1) «Recherches», t. II, p. 136, 137.

(2) «Abbad,» t. II, p. 203.

que antes de haber visto á Andalucía tenia una gran idea de la belleza y de la riqueza del pais, pero que habia sufrido un desengaño (1). Motamid estaba pues casi tranquilo y como el peligro que avanzaba á su patria era efectivamente muy grande, tomó la resolucion de ir en persona á ver á Yusuf.

El Almoravide le hizo la acogida mas honorífica y mas cordial. «No teniais necesidad, le dijo, de haber venido en persona, bastaba que me hubiérais escrito y yo me hubiera apresurado á satisfacer vuestros deseos.—He venido, le respondió Motamid, para deciros que nos encontramos en un peligro espantoso. Aledo se halla en el corazon de nuestro pais y no podemos quitarselo á los cristianos; si vos pudiérais hacerlo haríais á la religion un inmenso servicio. Ya que nos habeis salvado una vez, salvadnos otra.—Sorprenderé al menos, le respondió Yusuf, y cuando Motamil se volvió á Sevilla, activó mucho sus armamentos y acabados sus preparativos, pasó el Estrecho con sus tropas, desembar-

(1) Abbad-al-wahid, p. 93.

có en Algeciras en la primavera de 1090 y habiéndose reunido con Motamid, invitó á los príncipes andaluces á que se le juntaran para sitiar á Aledo. Temim de Málaga, Abdallah de Granada, Motacim de Almería, Ibn-Rachic de Murcia y algunos otros señores de menos importancia, respondieron á su llamamiento y comenzó el sitio. Las máquinas de guerra fueron construidas por carpinteros y albañiles de Murcia y se convino en que los emires atacaran la fortaleza alternativamente un día cada uno. Sin embargo, no se adelantaba mucho; los defensores de Aledo que eran en número de tres mil, de ellos mil de caballería, rechazaron vigorosamente los asaltos que les daban, y la plaza era tan fuerte, que los musulmanes, despues de haber intentado en vano apoderarse de ella por fuerza, tuvieron que resolverse á tomarla por hambre. (1).

Los sitiadores, por la demás, se ocupaban mucho menos del sitio que de sus intereses personales. El campamento era un foco de intrigas. Por muchas partes se estimulaba

(1) «Abbad» t. II, p, 202, 203.

la ambicion de Yusuf. Cuando dijo que España no habia correspondido á sus esperanzas, no habia sido sincero. La verdad es, que el pais le habia agradado á no poder mas, y ya por amor á las conquistas, ya por motivos mas nobles (porque los intereses de la religion estaban muy asidos á su corazon) deseaba enseñorearse de él. Y este deseo no era dificil de realizar. En Andalucía mucha gente era de opinion de que su pátria no podía salvarse sino reuniéndose al imperio de los Almoravides. No era esta, en verdad, la idea de las altas clases sociales. Para la gente bien educada, Yusuf que sabia muy poco árabe, era un rústico, un bárbaro y él habia dado, por cierto, bastantes pruebas de su ignorancia y de su falta de educacion. Así, cuando Motamid le preguntó si comprendia los versos que acababan de recitarle los poetas de Sevilla: «Todo lo que comprendo de esto, respondió, es que piden pan.» Y cuando, despues de su vuelta al Africa, recibió una carta de Motamid en que iban estos dos versos, tomados de un célebre poema que Abu-'l-Walid ibn-Zaidum (1), el Tíbulo de Andalucía,

(1) El padre del visir de Motamid.

habia dirigido á su amada Wallada:—«Desde que estás lejos de mí el deseo de verte consume mi corazon y me hace lanzar torrentes de lágrimas. Mis dias son ahora negros y antes gracias á tí mis noches eran blancas,»—él dijo: «Parece que me pide muchas blancas y negras.» Y despues que le esplicaron que en el lenguaje poético «negro» significa «oscuro» y «blanco, apacible»: «Es muy bello, dijo, pues bien, respondedle que á mí me duele la cabeza desde que no le veo (1).» En un pais tan literato como Andalucía no se perdonaban semejantes cosas. Júntese á esto que los hombres de letras estaban muy contentos con su posicion y no tenian el menor deseo de que cambiara. Las pequeñas córtes eran otras tantas academias y los literatos los niños mimados de los príncipes que les daban magníficos sueldos. Los representantes del libre pensamiento no tenian más razon para quejarse. Gracias á la proteccion de la mayor parte de los príncipes, podian, por primera vez, decir y escribir lo que pensaban, sin temor de ser quemados ni apedreados.

(1). «Abbad.», t. II, p. 221,

dos (1). Deseaban pues, menos que nadie, la dominacion de los Almoravides, que habia de traer infaliblemente la del clero.

Pero si Yusuf contaba pocos partidarios en las clases superiores é ilustradas, tenia muchos en el pueblo. Este, por lo general, estaba muy descontento y tenia razon. Cada ciudad un poco considerable tenia su córte propia, córte que era preciso mantener y que costaba mucho, porque la mayor parte de los príncipes eran escesivamente pródigos. ¡Y si á fuerza de pagar hubiera podido comprar siquiera la seguridad y la tranquilidad! Pero no era así, los príncipes eran por lo comun demasiado débiles para proteger á sus súbditos contra sus vecinos musulmanes y mucho menos contra los cristianos. No habia un momento de tranquilidad, ninguno estaba seguro ni de su vida, ni de su hacienda. Esta era, preciso es convenir en ello, una situacion insoportable y era natural que las clases laboriosas ansiaran que tuviera término. Antes, no habia ningun medio de salir de ella, cierto es que habia habido cona-

(1) Zaid de Toledo en mis «Recherches», t. I, página 4 de la 1.ª edicion.

tos de rebelion y se habian escuchado con gusto estos versos de un poeta de Granada; Somaisir:

Reyes, ¿qué es lo que haceis? Entregais el islamismo á sus enemigos y no haceis nada para salvarlo. Revelarse contra vosotros es un deber, puesto que haceis causa comun con los cristianos. Sustraerse á vuestro cetro no es un crimen, puesto que vosotros os habeis sustraído al cetro del Profeta.

Pero como una rebelion no hubiera servido mas que para empeorar la situacion, era preciso esperar y armarse de paciencia, como el mismo poeta dice en estos versos:

Esperabamos en vosotros, oh reyes, pero habeis frustrado nuestras esperanzas. Esperamos de vosotros nuestra libertad, pero hemos sufrido un desengaño. Pues bien, tengamos paciencia que el tiempo trae muchas mudanzas. Al buen entendedor con media palabra basta! (1)

Por el contrario, ahora ya era posible la insurreccion, puesto que habia en España un monarca justo, potente, glorioso, que ha-

(1) Ibn-Ba m, t. I, fól. 230 v.

bia obtenido ya sobre los cristianos una gran victoria, que conseguiría otras sin duda y que parecía enviado por la Providencia para devolver á Andalucía su grandeza y su prosperidad. Por consiguiente lo mejor era someterse á su dominio y haciéndolo se libertarian al mismo tiempo de una multitud de impuestos vejatorios, porque Yusuf había abolido en sus Estados todos los que no estaban prescritos por el Coran y se tenía la convicción de que había de obrar en España del mismo modo.

Esto era lo que pensaba el pueblo y bajo muchos aspectos tenía razón; olvidaba tan solo que el gobierno no podría pasarse á la larga sin los impuestos que aboliera; que ligando Andalucía su suerte á la de Marruecos se espondría á sentir de rechazo las revoluciones que podrian estallar en aquel reino, que el dominio almoravide seria un dominio extrajero, el dominio de un pueblo sobre otro, y que, en fin, los soldados de Yusuf pertenecian á una raza que España había detestado siempre y que, como eran bastante indisciplinados, podrian llegar á hacerse huéspedes muy molestos. Por lo demás, el deseo de un cambio era mucho más acentuado en unos Estados que en otros.

En Granada era el voto unánime de toda la población arábiga y andaluza que no había cesado de maldecir á sus tiranos berberiscos. En los Estados de Motamid también había muchos descontentos (1), pero no los había en Almería, porque el príncipe que allí reinaba era muy popular; piadoso, justo, clemente, trataba á su pueblo con una bondad enteramente paternal, era en una palabra el modelo más cumplido de las mas atractivas virtudes.

Yusuf tenía sin embargo en su favor, casi en todas partes, los doctores, los faquíes, los cadies, los ministros de la religion y de la ley. Estos eran sus auxiliares más adictos y más diligentes, porque eran los que tenían más que perder, si triunfaban los cristianos y por otra parte no podían estar satisfecho de príncipes que, ocupados en estudios profanos ó entregados á los placeres, apenas escuchaban sus sermones, no hacían ningun caso de ellos y protegían decididamente á los filósofos. Por el contrario, Yusuf, que era un modelo de devoción, que no dejaba nunca de consultar al clero en los

(1) «Abbad», t. II, p. 131, 132.

negocios del Estado y que seguía los consejos que de ellos recibía, tenía todas sus simpatías y todo su cariño. Sabían ó al menos adivinaban que tenía una gran tentación de destronar á los príncipes andaluces en provecho suyo y desde entonces no pensaron más que en estimular sus deseos, haciéndole creer que la misma religión lo sancionaba.

Uno de los más activos era el cadí de Granada, Abu-Djafar Colaií. Era de origen árabe, lo que equivale á decir que detestaba á los berberiscos opresores de su patria. Trataba, es verdad, de disimular sus sentimientos, pero no lo conseguía. Por un instinto secreto, Badis lo había entrevistado como el autor probable de la caída de su dinastía y algunas veces tuvo la intención de hacerlo matar: «pero Dios, para servirme de las mismas expresiones de un historiador arábigo, había encadenado las manos del tirano á fin de que se cumplieran los decretos del destino.» Este cadí formaba parte del ejército que sitiaba á Aledo y tuvo muchas conferencias secretas con Yusuf á quien ya conocía, pues, se recordará que había sido uno de los embajadores que habían sido encargados cuatro años antes de invitar á los Almoravides á socorrer á los Andalu-

ces. El objeto que se proponía en estas entrevistas, fácilmente se deja adivinar: Yusuf tenía escrúpulos de conciencia y el cadí procuraba vencerlos (1). Le hizo presente que los faquies andaluces podían desligarlo de su juramento, que le sería fácil obtener de ellos un fetva donde se enumeran todas las faltas y todos los atentados de los príncipes y que de aquí se deduciría la conclusión de que habían perdido el derecho al trono que ocupaba.

Los razonamientos de este cadí uno de los más famosos por su saber y su piedad, hicieron gran impresión en el ánimo de Yusuf y por otra parte, los discursos de Motacim, rey de Almería, le inspiraron profunda aversión al más poderoso de los príncipes andaluces.

Motacim, ya lo hemos dicho, era un príncipe excelente, pero por, bueno y bondadoso que fuera de ordinario, odiaba, sin embargo, á alguien y este alguien era Motamid. Este odio parece que tuvo origen en unos mezquinos celos, mas que en verdaderos y serios agravios, pero era muy fuerte, y aunque, en

(1) Ibn-al-Khatib, mam. G. fól. 16 v., 17 r., artículo, sobre Abu-Djafar Ahamed ibn-Khalaf ibn-Abelmelic-al-Ghássaní al-Colaii.

apariencia, Motacim se habia reconciliado con el rey de Sevilla, se dedicaba á perderlo en el ánimo del monarca africano, cuyo favor se habia ganado por medios que frisaban en bajezas. Sin embargo Motamid no se apercibia de nada: cuando se hallaba solo con Motacim le hablaba con franqueza y un dia que el príncipe de Almería le manifestó sus temores por la estancia prolongada de Yusuf en Andalucía: »Sin duda, le respondió él, con un tono de fanfarronería, enteramente meridional, sin duda que ese hombre se está demasiado en nuestro país, pero en cuanto me harte, no tengo mas que levantar mano y al dia siguiente se marcharán él y sus soldados. Pareceis temer que nos jueguen alguna mala partida ¿pero qué es ese príncipe miserable y que son sus soldados? En su patria eran mendigos que se morian de hambre; queriendo hacer una buena obra los hemos llamado á España para darles de comer un sueldo, pero cuando se hayan saciado, los enviaron de nuevo al sitio de donde vinieron. Estos discursos llegaron á ser en manos de Motacim, armas terribles. Cuando se los refirió á Yusuf le entró á este una violenta cólera y lo que hasta entonces no habia sido mas que un proyecto

vago, llegó á ser en él una resolución decidida, irrevocable. Motacim triunfaba, pero no habia previsto lo que iba á suceder; «no habia previsto, dice muy á propósito un historiador árabe, que él tambien caeria en el pozo que habia abierto para el que odiaba y que seria herido á su vez por la espada que habia hecho desenvainar (1).»

Esta imprevision, por lo demás, era comun á todos los príncipes andaluces. Se acusaban recíprocamente ante Yusuf, tomaban al Almoravide, por árbitro de sus que-
rellas y mientras que el príncipe de Almería, trataba de perder al de Sevilla, este trataba de derribar al príncipe de Murcia Ibn-Rachic. Para conseguirlo no cesaba de repetir á Yusuf, que Ibn-Rachic habia sido aliado de Alfonso, que habia hecho grandes servicios á los cristianos de Aledo y segun todas las apariencias se los hacia aún. Luego, haciendo valer sus derechos á la posesion de Murcia, exigió que el traidor que le habia quitado esta ciudad fuera puesto en sus manos. Yusuf encargó á los faquies de examinar el asunto y cuando estos die-

(1) Abd-el-wahib, p. 96, 97.

ron la razon á Motamid, mandó prender á Ibn-Rachic y lo entregó al rey de Sevilla, prohibiéndole sin embargo, darle la muerte. Esta prision tuvo, sin embargo, muy malas consecuencias, porque los Murcianos irritados abandonaron el campo y se negaron á suministrar en adelante los obreros y los víveres que el ejército necesitaba.

La situacion de los sitiadores se habia hecho pues, muy penosa y amenazaba serlo mas todavia, puesto que estaba cerca el invierno, cuando se supo que Alfonso venia en socorro de la plaza con un ejército de diez y ocho mil hombres. Yusuf tuvo al principio la intencion de esperarlo en la sierra de Tiriza (al O. de Totana) y de presentarle batalla; pero pronto renunció á este proyecto y se retiró á Lorca. Temia, decia, que los Andaluces no huyeran de nuevo como lo habian hecho en la batalla de Zallaca, además estaba convencido de que Aledo no se hallaba en estado de defenderse, de modo que los Castellanos se verian obligados á evacuarlo. Este juicio era exacto como lo probó el tiempo. Hallando las fortificaciones casi enteramente demolidas y la guarnicion reducida á un centenar de hombres. Alfonso incendió la fortaleza y se llevó á

sus defensores á Castilla (1).

El objeto de la campaña se habia alcanzado, aunque á la verdad de un modo poco brillante, porque Yusuf habia sitiado á Alédo durante cuatro meses sin conseguir tomarlo y su retirada, á la aproximación de Alfonso, se parecia bastante á una fuga. Sin embargo los faquies tuvieron buen cuidado de que su reputacion no padeciera. Decian que, si esta vez, no habia obtenido el Almoravide tan feliz resultado como cuatro años antes, la culpa la tenian los príncipes andaluces que, consus intrigas, sus celos y sus eternas discordias, impedian al gran monarca hacer todo el bien que pudiera si el solo fuera el amo. En general los faquies trabajaban mas que nunca y debian hacerlo, porque, habiéndose apercebido los príncipes de sus manejos, comenzaban á correr grandes peligros. Bien lo espermentó á espensas suyas el Cadí de Granada Abn-Djafar Colaií,

(1) «Abbad», t. II, p. 39, 121, 203; Ibn-Khallican, Fac. XII, p. 25. En el relato del «Cartás» (p. 99) y sobre todo en el de «Abd-el-wahid (p. 92) hay muchas inexactitudes. Véase también la «Gesta Roderici» y para la cronología consúltese la nota F. al fin de este tomo.

Ya en el campamento, su soberano cuya tienda estaba pegada á la suya, se habia oido sus entrevistas secretas con Yusuf y habia adivinado el objeto. Sin embargo, como la presencia de este último le intimidaba, no se habia atrevido á tomar contra el conspirador medidas rigurosas; pero ápenas estuvo de vuelta en Granada, lo hizo venir á su presencia, le echó en cara el haberlo vendido y el haber tramado su pérdida, y en su cólera llegó á dar orden á sus guardias de darle muerte. Felizmente para Abu-Djafar la madre de Abdallah se abrazó á las rodillas de su hijo suplicándole que perdonara á un hombre tan piadoso y como Abdallah se dejaba ordinariamente dominar por ella, revocó la orden que habia dado, contentándose con poner preso al Cadí en una de las habitaciones del Castillo. En ella el Cadí que sabia que estaba rodeado de personas muy superticiosas, se puso á recitar oraciones y versículos del Coran. Su voz clara, sonora y muy fuerte resonaba de un extremo á otro de palacio. Todo el mundo prestaba oidos á sus piadosas jaculatorias, se callaban para no distraerlo, temian hacer ruido y al mismo tiempo no cesaban de repetir al príncipe que Dios lo castigaria de un mo-

do espantoso si no se apresuraba á soltar á aquel modelo de piepad y devocion. La madre de Abdallah se mostraba todavia mas celosa que los demás y entre súplicas y amenazas persuadió al fin á su hijo á poner en libertad al prisionero. Pero despues de haber recibido semejante leccion, el Cadí se guardó muy bien de quedarse en Granada. Aprovechó la oscuridad de la noche para ganar á Alcalá, y de allí se fué á Córdoba. Ya no tenia nada que temer. Pero ardia en deseos de vengarse. Escribió pues, á Yusuf, le pintó con los mas vivos colores el mal trato que habia sufrido, y le suplicó que no difiriera por mas tiempo la ejecucion del proyecto que tanto habian discutido (1). Al mismo tiempo se dirigió á los otros cadíes y faquíes andaluces, pidiéndoles un fetva contra los príncipes en general y contra los dos nietos de Badis en particular. Los cadíes y los faquíes no vacilaron en decretar que los príncipes de Granada y de Málaga habian perdido sus derechos por sus muchos atentados y especialmente por la

(1) Ibn-al-Khatib, artículo sobre Abu-Djafar Colaii.

manera brutal con que el mayor de ellos había tratado á su cadí; pero, no atreviéndose todavia á declarar que los otros príncipes habian perdido tambien los suyos, se contentaron con presentar á Yusuf una súplica en que le decian que era obligacion suya intimar á todos los príncipes andaluces á volver á la legalidad, y no exigir mas contribuciones que las que el Coran habia establecido (1).

En virtud de estos dos fetvas, Yusuf ordenó á los príncipes Andaluces abolir los impuestos, córveas etc. con que vejaban á sus súbditos (2) y marchó sobre Granada con una division de su ejército despues de haber ordenado á otras tres hacer lo mismo. Sin embargo, no declaró la guerra á Abdallah, de modo que este príncipe adivinaba mas bien que conocia sus intenciones. Su terror era estremado. No se parecia en nada á su abuelo, el ignorante pero enérgico Badis. Tenia alguna tintura literaria, se espresaba bastante bien en árabe, hacia hasta versos y tenia tan buena mano que

(1) «Abbad», t. II, p. 211.

(2) Ibn-Khaldun, «Hist. de los Berberiscos, t. II, p. 79 de la traduccion.

se conservó por mucho tiempo en Granada un Coran de su letra, pero era al mismo tiempo un hombre pusilánime, enervado, indolente, incapáz, uno de esos hombres para los que las mugeres no tienen atractivos, que tiemblan á la vista de una espada y que no sabiendo nunca que partido tomar, piden consejo á todo el mundo. Esta vez, habiendo reunido su consejo, pidió primero su opinion al viejo Moammil que habia hecho muy buenos servicios á su abuelo. Moammil trató de tranquilizarlo, diciéndole que Yusuf no traia intenciones hostiles y le aconsejó que diera á este monarca una prueba de confianza, saliéndole al encuentro. Y viendo que este consejo no agradaba á Abdallah y que pensaba mas bien ponerse en estado de defensa, se esforzó en demostrarle que le era imposible resistir á los Almoravides. En este punto tenia razon, porque Abdallah tenia muy pocas tropas y como desconfiaba de su mejor general Mocatil, el Royo (el Rojo) lo habia alegado (1). Tambien todos los antiguos conse-

(1) Ibn-al-Khatib, man. E., artículo sobre Mocatil.

jeros de la corte se adhirieron á la opinion de Moammil, pero Abdallah tenia sospechas sobre su lealtad, y faltaba poco para que lo considerara como cómplice de Abu-Djafar, el pérfido cadí que se arrepentía de haber dejado escapar. Sus sospechas por lo demás no eran enteramente infundadas. Ignoramos, si Moammil se habia comprometido en efecto á sostener los intereses de los Yusuf, pero lo cierto es, que este monarca cuyo favor se habia ganado, y que apreciaba sus talentos, contaba con su apoyo. Abdallah no vió, pues, mas que un lazo en los consejos de Moammil, y como sus jóvenes favoritos le aseguraran que Yusuf tenia seguramente malas intenciones, anunció que estaba decidido á rechazar la fuerza con la fuerza y abrumó á Moammil y á sus enemigos con sus reprensiones y amenazas. Esto era una imprudencia, porque de este modo se los enagenaba de fijo, y casi los obligaba á declararse por Yusuf. Fué lo que hicieron en efecto. Habiendo salido de Granada durante la noche, se fueron á Loja y, habiéndose apoderado de esta ciudad, proclamaron la soberanía del rey de los Almoravides. Tropas que Abdallah envió contra ellos los obligaron á entregarse, y los tra-

geron á Granada, donde fuéron paseados por las calles como viles malhechores. Gracias á la intervencion de Yusuf, recobraron, sin embargo, su libertád. El monarca africano ordenó perentoriamente al príncipe de Granada, que los soltara, y como este último no sabia positivamente las intenciones que tenia Yusuf respecto á él, no se atrevió á desobedecerlo. Pero mientras que todavia trataba de prevenir una ruptura abierta, se preparaba activamente á la guerra. Despachó correo tras correo á Alfonso suplicándole que viniera en su ayuda, y derramando el oro á manos llenas, alistó gran número de tenderos, de tejedores y de obreros de toda especie. Todo esto no le sirvió de nada. Alfonso no respondió á su llamamiento y los Granadinos, indispuestos con él esperaban con impaciencia la llegada de los Almoravides, y una multitud salia todos los dias de la ciudad para juntarse con ellos. En este estado de cosas la resistencia era imposible. Abdallah lo conoció y el domingo 10 de Noviembre de 1090, cuando Yusuf habia llegado á dos parasangas de Granada, reunió de nuevo el consejo para preguntarle lo que debia hacer. Habiendo declarado este que no podia

pensarse en la defensa, la madre de Abdallah que asistia á las debiberaciones y que, á lo que se asegura, habia concebido la loca esperanza de casarse con Yusuf, tomó la palabra y dijo: «Hijo mio, no te queda mas que un partido que tomar. Vé á saludar al Almoravide, él es tu primo (1) y te tratará honoríficamente.» Abdallah se puso pues en camino, acompañado de su madre y de un magnifico cortejo. Abria la marcha la guardia esclava y la cristiana rodeaba la persona del príncipe. Todos los soldados llevaban turbantes de tela de algodón muy fina é iban montados en soberbios caballos cubiertos con mantillas de brocado. Luego que hubo llegado á presencia de Yusuf, Abdallah se bajó del caballo y le dijo, que, si habia tenido la desgracia de desagradarlo, le suplicaba que le perdonase. Yusuf le aseguró con mucha afabilidad, que si habia tenido quejas de él, ya las habia olvidado, y le rogó que fuera á una tienda que le indicó, donde seria tratado con todos los honores debidos á su rango. Abdallah lo hizo así, pe-

(1) Es decir. de la misma raza que tú, Berberisco como tú.

ro apenas puso el pié dentro de la tienda lo cargaron de cadenas.

Poco despues llegaron al campamento los principales habitantes de la ciudad. Yusuf les hizo una excelente acogida, asegurándoles que, por su parte, nada tenían que temer y que solo podían ganar con el cambio de dinastía que iba ocurrir. Y en efecto, en cuanto hubo recibido su juramento, publicó un edicto en que se declaraban abolidos todos los impuestos no prescritos por el Coran. Hizo enseguida su entrada en la ciudad en medio de las ardientes aclamaciones del pueblo y fué á palacio á fin de ver las riquezas que encerraba, acumuladas por Baidis. Estas eran inmensas, prodigiosas, innumerables; las cámaras estaban adornadas con esteras, tapices y cortinajes de un inmenso valor; por dó quiera, esmeraldas, rubíes, diamantes, perlas, vasos de cristal, de plata y de oro deslumbraban la vista. Había especialmente una capillita compuesta de cuatrocientas perlas, cada una de las cuales, fué valuada en cien ducados. El Almoravide quedó maravillado de todos estos tesoros; antes de entrar en Granada había declarado que le pertenecían, pero como tenía mas ambición que avaricia qui-

so echarla de generoso y los repartió entre sus oficiales, sin guardar nada para sí. Sin embargo, se sabía que lo que estaba espuesto á la vista no era todo, y que la madre de Abdallah habia escondido muchos objetos preciosos. Se la obligó á indicar los sitios que la habian servido de escondite, pero como se suponía que no habia dicho la verdad en sus declaraciones, Yusuf ordenó á Moammil, á quien nombró intendente de palacio y de los dominios de la corona, hacer registrar hasta los cimientos, y los albañales del edificio (1).

Bien escusable hubiera sido despues de lo que acababa de pasar que los príncipes andaluces hubieran roto en el acto con Yusuf. Sin embargo, no lo hicieron y antes por el contrario Motamid y Motawakkil, fueron á Granada á felicitar al Almoravide y Motacim envió en su lugar á su hijo Obaidallah. ¡Cosa estraña! Tal era la ceguedad de Motamid que se lisongeaba con la esperanza de que Yusuf cederia á Granada á

(1) Ibn-al-Khatib, man. E, artículos sobre Abdallah IbnBologguin y sobre Moammil; «Abbad,» t. II, p. 9, 26, 39, 179, 180, 203, 204; «Cartás», p. 99. Sobre la fecha consúltese la nota F al fin de este tomo

su hijo Radhí en compensacion de Algeciras que le habia quitado. ¡Poco conocia al Africano, cuando le suponía capaz de ceder un reino! Por lo demás Yusuf le sacó bien pronto de su error. Trató á los emires con una frialdad glacial, no respondió nada á la insinuacion de Motamid á propósito de Granada y puso preso al hijo de Motacim. Semejante conducta debia abrir los ojos á los príncipes. Así, que Motamid concibió vivísimas inquietudes. «Hemos cometido una falta gravísima llamando á ese hombre á nuestro pais, dijo á Motawakkil, él nos dará á beber el cáliz que Abdallah se ha tenido que tragar.» Luego, pretestando haber recibido aviso de que los Castellanos amenazaban de nuevo las fronteras, pidieron ambos príncipes á Yusuf licencia para dejarlo y, habiéndola obtenido, se apresuraron á volverse á sus Estados; despues de lo cual propusieron á los otros emires que reinaban en España, tomar de concierto las medidas necesarias para poder defenderse del Almoravide, cuyos proyectos no eran ya un secreto para nadie. Este paso obtuvo el mejor resultado. Los emires se comprometieron á porfía á no suministrar á los Almoravides tropas, ni provisiones, resolviendo

hacer alianza con Alfonso (1).

Yusuf por su parte se fué á Algeciras, porque tenia intenciones de reembarcarse y de dejar á sus generales la odiosa tarea de destronar á los príncipes andaluces. De camino quitó el pequeño principado de Málaga á Temim, hermano de Abdallah, príncipe completamente insignificante, é hizo avisar á los fauques de que ya habia llegado el momento decisivo y que necesitaba un fetva muy explícito. Estos se apresuraron á satisfacer sus deseo. Declararon pues, que los príncipes andaluces eran unos libertinos viciosos é impíos, que con su mal ejemplo habian corrompido á los pueblos, haciéndoles indiferentes á las cosas sagradas, como lo atestiguaba el poco interés que se ponía en asistir al servicio divino, que habian echado contribuciones ilegales y que las habian mantenido á pesar de que Yusuf les habia exigido abolirlas; que para poner el colmo á sus atentados acababan de hacer una alianza con el rey de Castilla, es decir,

(1) «Abbad», t. II, p. 180, 294, Ibn-Kallican, Fasc. XII, p. 26; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches» t. I, Apéndice p. L; Ibn-Khaldun, «Hist.» de los «Berberiscos» t. II, p. 79 de la traducción.